



BESOVAR EN LA TORMENTA **AUTOR: Eduardo Omar Honey Escandón**

Me tomó de la mano, y, a pesar de la tormenta, salimos de la casa para ir a la playa. Antes me hizo jurar que no diría una palabra ni preguntaría cosa alguna mientras ella no me diera permiso. Lo tomé como un juego dado el poco tiempo que llevábamos juntos Aline y yo. La conocí quince años atrás cuando su madre me rentó un departamento que tenían en la capital. Tras vivir allí algunos meses no supe más de ella al mudarme.

Apenas superé mi divorcio cuando recibí un mensaje en una de mis redes sociales. Al principio no la reconocí al revisar su perfil. Inquieto le contesté y comenté de nuestro encuentro la primera vez que me mostraron el departamento, las veces que nos topábamos en el edificio propiedad de su familia, algunos detalles de su vida y que dedicó años a buscarme. Finalmente dio conmigo y me contactó.

Durante casi tres meses chateamos y pronto tuvimos conferencias nocturnas a diario. Un día me marcó de urgencia mientras en el trabajo y contesté: quería invitarme a pasar unos días cerca de Mazunte, Oaxaca ya que se le había pasado por algo que estaba por ser solsticio de verano y quería mostrarme algo. Emocionado le dije que sí.

Al salir de la reunión solicité varios días de vacaciones (me debían como cuarenta), compré boleto de ida solamente, hice maletas y al sábado siguiente, a las nueve de la mañana, nos encontramos en el aeropuerto de Huatulco. Tras un saludo breve y un largo beso, salimos a un primer tour por varias playas y lugares.

Durante esos meses de chat y llamadas me contó de la casa que heredaron en Oaxaca. Sus hermanas estaban dispersas por el mundo, su padre falleció años atrás así



que asumió el cuidado de su mamá. Esta me recibió con singular alegría por la noche. En efecto, la noté muy desmejorada: encorvada en extremo, de la espalda sobresalía una enorme joroba que el vestido blanco de algodón no ocultaba. La piel en brazos, cuello y rostro se veía correosa, seca y con escamas blancas que parecían estar a punto de desprenderse. Los ojos tan saltones sobresalían del rostro tenían un estrabismo extremo y parecía mirar de lado a lado. Los cachetes estaban chupados y hacían que los labios e incisivos sobresalieran como un pico. En nada se parecía a la señora que firmó un contrato de arrendamiento conmigo lustros atrás.

La amplia casa era de un piso con un estilo antiguo pero funcional. Tuve mi cuarto que quedaba a un lado del de Aline, enfrente el de su mamá. Cocina con dos fogones inmensos, ollas de barro, cucharones de madera como sacados del siglo XIX.

La primera semana apenas pude hablar con la madre de Aline. Esta entraba de súbito en mi cuarto, me tiraba de la cama y me correteaba al baño para que me duchara. De inmediato salíamos a cumplir el plan que había trazado: playa, restorán, centro ecológico, otra playa, otra población, una ermita, etc.

Al regresar, iba al cuarto de su mamá para saludarla, le atendía en lo que necesitara, salía, cerraba la puerta, me plantaba un beso y luego se iba a su habitación. Cuando empezó la segunda semana ya no entraba a mi cuarto por la mañana, solo tenía que darse vuelta y tirarme de la cama.

Poco antes de los quince días inició una serie de tormentas así que no pudimos salir más. Dado que vivían de las rentas de varios edificios en la ciudad donde una empresa se hacía cargo, no tenían que trabajar. De la comida se encargaba una señora grande y para la limpieza acudía una jovencita. Llegaban temprano, en silencio hacían



sus labores y por la tarde se iban tras un breve como corto adiós.

Me di cuenta que ambas mujeres cumplían con diligencia sus labores, apenas cruzaban palabra y si, la ya para entonces mi “suegra”, pedía algo con su rasposa voz, el miedo les inundaba los ojos, se santiguaban y acudían lentas a cumplir con lo solicitado. Aline más de una vez se molestó porque temían a la mama o hacían todo lo posible por evitarla si estaba sentada bajo el techo que se asomaba al patio central.

Me extrañó ya que la señora charlaba conmigo y, tras acostumbrarse en algo a su presencia, me contaba historias del edificio donde viví, de cómo sus antepasados llegaron a Oaxaca gracias a los puertos, la visita de unos corsarios en el siglo XVI a la costa oaxaqueña, recetas de cocina que habían transmitido por generaciones, casorios y sepelios, que las mujeres de la familia se casaban dos o tres veces ya que los varones no vivían mucho tiempo, que existía la tradición de que uno de los piratas dejó descendencia en más de un poblado del área, etc.

Aline se sentaba a mi lado en el sillón o se recostaba sobre mis piernas mientras su madre narraba todo lo anterior y más. Al vernos juntos, la mirada de mi “suegra” se llenaba de algo que podría llamar ilusión. Además, me dejó atenderla a la par que Aline. Sin problema yo le traía la comida de la cocina, servía y lavaba los trastes de la cena.

Así pasaron los días y finalmente llegó el equinoccio. Era noche avanzada cuando llegamos a la playa. Aline, con gestos, me pidió que avanzara para quedar a unos diez metros del oleaje que llegaba del mar encrespado. Se sentó en la arena y me jaló para que me sentara. Poco a poco fue amainando y las nubes se abrieron. En el cielo despuntaba una luna nueva. Apenas empecé a apreciar el paisaje cuando por el rabillo de ojo noté algo.



A un costado de la vereda de acceso, había una figura de pie, translúcida y, sin embargo, refulgían sus rasgos en tonos blanco como plateados. Me di cuenta de que vestía a la usanza de siglos pasados, quizás del XVI o XVII. El rostro demacrado se veía cadavérico y sobre la cabeza sobresalía un tricornio. Silencioso daba de gritos, se quitó el sombrero y echó a correr sin dejar huella o sombra hacia donde rompían las olas. Avanzó lo suficiente como para que sobresaliera del pecho para arriba cuando se internó en el mar. Agitó un poco más el tricornio, dio media vuelta y cabizbajo regresó a la playa. Se detuvo a escasos dos metros de donde nos sentamos.

Su cuerpo, actitud y gestos denotaban una tristeza infinita, desesperación. Volvió a girar y miró a lontananza. Seguí su mirada y fue cuando percibí las tortugas que emergían tortugas también delineadas con esos trazos blanco y argénteos. Avanzaban para desovar. El espectro también las miró, dejó que una llegara al lugar donde excavaría el nido, la volteó y con una daga hizo un tajo grande para extraerle los huevos. Ahora, fúrico, gritó en silencio, con gestos maldijo al cielo y, tras romper los huevos, trazó en la arena con su contenido algo que no alcance a leer. Finalmente desapareció.

—Allí es donde mi antepasado dejó la invocación, acompáñame —dijo Aline. Se puso de pie y me ayudó a levantarme. Llegó al centro del lugar en que el alma perdida hizo los trazos, excavó un agujero de unos treinta centímetros de profundidad—. Sabía que eras el indicado cuando te vi la primera vez, estas semanas lo confirmé. Deseo tener familia contigo —expresó antes de meter su mano derecha bajo la falda y esculcar en la entrepierna, extraer un huevo rojo sangrante que pulsaba y depositarlo en el hueco. Lo tapó con habilidad y se puso de pie—. Te amo —me susurró antes de besarme y que la tormenta llegara con toda su fuerza.